



MONDRAGÓ

El árbol Dragón

Ana Galán

Ilustrado por Pablo Pino



DESTINO



*El árbol
Dragón*

Ana Galán

Ilustraciones de Pablo Pino

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2020

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2020

© de las ilustraciones de cubierta e interior: Pablo Pino, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en este sello: julio de 2020

ISBN: 978-84-08-23117-2

Depósito legal: B. 10.655-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

La cacería humana



El sonido de un cuerno de caza se propagó por el cielo de Samaradó. La luz del amanecer empezaba a asomarse detrás de las Montañas de Drago mientras decenas de hombres y mujeres acudían al castillo del alcalde Wickenburg armados hasta los dientes. Estaba a punto de comenzar la cacería humana, la búsqueda de Curiel, el viejo curandero, que



se había escapado de las mazmorras y se había dado a la fuga. Wickenburg había ofrecido cien mil samarales a quien lo encontrara... vivo o muerto.

Cale se despertó sobresaltado al oír la llamada y unos pasos acelerados que subían y bajaban la escalera de su castillo. Salió de la cama y buscó a Mondragó. Pero su dragón no estaba en la habitación. El padre de Cale le había prohibido entrar en el castillo hasta

que estuviera bien adiestrado, y había pasado la noche en las dragoneras.

En la esquina de la habitación Cale vio la jaula de su paloma. Dentro, esperaba pacientemente la paloma mensajera de Mayo. La de Cale todavía no había regresado desde que la envió al castillo de Casi la noche anterior. ¿Dónde se habrían metido su amigo y su paloma? Casi no había aparecido en el Parque del Tule como acordaron. «Bueno, por lo menos a él no lo pillaron ni lo castigaron sin salir como a mí», pensó Cale. Pero ¿estaría bien? Tendría que averiguarlo más tarde. En ese momento debía descubrir qué estaba pasando.

Cale abrió la puerta de su habitación, se asomó por la escalera y, en la puerta principal, vio a sus padres a punto de salir. Su pa-



dre llevaba la pechera de su armadura y una lanza. Su madre también se había vestido como si fuera de caza. Cale bajó corriendo la escalera.

—Papá, ¿qué ocurre? ¿Por qué os habéis vestido así?

—Vamos al castillo de Wickenburg —explicó el señor Carmona—. La operación de búsqueda y captura de Curiel ya está en marcha y queremos asegurarnos de que nadie haga ninguna tontería. La gente es capaz de cualquier cosa por dinero.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Cale con los ojos muy abiertos—. ¿No dejarás que hagan daño a Curiel! ¿Verdad?

Cale recordó la noche anterior cuando se había encontrado al curandero escondido en las dragoneras de su castillo. Sabía perfectamente que él no era el verdugo. El anciano nunca se dedicaría a talar los árboles del bosque donde conseguía sus raíces y plantas medicinales.



De pronto Cale pensó que Curiel seguramente seguía en las dragoneras. ¿Lo encontrarían sus padres cuando fueran a buscar a sus dragones? Y si lo encontraban, ¿lo entregarían al perverso Wickenburg? Una sensación de miedo se apoderó de él.

—Papá, ¿puedo ir con vosotros? Te prometo que...

—Cale —le interrumpió su padre levantando la mano—. Creo que no debo repetir-



te que estás castigado. Tienes absolutamente prohibido salir de tu habitación. Cuando terminemos con este asunto, ya veremos qué hacemos contigo y con Arco. No pienso permitir que os escapéis por la noche y andéis por ahí buscando problemas.

—Pero... —protestó Cale.

—No hay peros que valgan —contestó secamente su madre—. Te quedarás aquí con Nerea y a la vuelta ya hablaremos.



¡TURÚ! ¡TURÚUUUUU!

La llamada a la cacería volvió a sonar en el aire. Cale se asomó por la puerta. En el cielo vio cuatro dragones que volaban en dirección al castillo de Wickenburg. Sus jinetes llevaban armas, redes y cuerdas. ¿Cuánto tardaría la expedición en llegar a su castillo y registrar las dragoneras? ¿Curiel no estaba seguro en ninguna parte! ¡Tenía que ayudarlo!

—¿Puedo ir con vosotros a las dragoneras para dar de desayunar a Mondragó? —insistió Cale.

—¡Cale Carmona! —retronó su padre—. Te lo repito por última vez: no puedes salir ab-so-lu-ta-men-te para nada. ¡No hay excusas que valgan! Nosotros le daremos de comer a tu dragón. Ahora tenemos que irnos antes de que se haga más tarde. ¡Nerea! —llamó su padre. La hermana de Cale apareció por el pasillo—. Por favor, encárgate de que tu hermano se quede aquí.

—¿Qué? ¡No es justo! ¡Yo tenía planes! —protestó Nerea—. ¿Por qué tengo que quedarme yo a cuidar del bebé? —dijo mirando a Cale con mala cara.

¡TURÚ! ITURÚUUUUUU!

—¡Tenemos que irnos inmediatamente! —apremió la madre de Cale—. Chicos, portaos bien. No queremos más problemas.

Los padres de Cale salieron del castillo y se dirigieron a toda velocidad a las dragone-
ras. Cale se quedó mirando cómo abrían la
puerta.

«Por favor, Curiel, escóndete», pensó.

Al cabo de unos minutos, el señor Carmo-
na salió montado en su imponente dragón
Kudo y la señora Carmona apareció detrás en
su dragona Karma. Miraron a sus hijos con
cara de preocupación, se despidieron con la
mano y, con un ligero toque de talones, los
dragones alzaron el vuelo en dirección al cas-
tillo de Wickenburg.

«No han visto a Curiel. ¡Menos mal! ¿Se-
guirá escondido en el altillo de la paja?», se
preguntó Cale aliviado.

—Vamos. —Nerea interrumpió sus pen-
samientos—. Ya has oído a papá y a mamá.
Métete en tu cuarto y no hagas tonterías,
que tengo muchas cosas que hacer.

—Sí, ya, como pintarte las uñas y esos
asuntos tan importantes —se burló Cale,

aunque sabía muy bien que su hermana iba a estar vigilándolo.

Cale pasó a su lado y se dirigió a la escalera para ir a su habitación. Pero en ese momento recordó algo. ¡Las semillas escondidas! No podía arriesgarse a dejarlas en la biblioteca por si a alguien se le ocurría investigar.

—Oye, Nerea, como tengo que pasarme todo el día en mi habitación, voy a ir a la biblioteca a coger un libro —le dijo.

—Pues rápido, que quiero terminar de desayunar y después quiero bañarme, y necesito comprobar que te has metido en tu cuarto —contestó Nerea dándose la vuelta y yendo a la cocina.

Cale entró corriendo en la biblioteca. Subió la escalera de madera y encontró el libro hueco donde había guardado las semillas. Lo abrió; dentro brillaba la semilla azul del Baobab, la roja de la secuoya, la verde del Arbofán y la dorada del Banyán. La quinta semilla, la que le había dado Curiel la noche



anterior, la tenía guardada en su bolsa en la habitación.

Cale cerró el libro, salió de la biblioteca y subió a su cuarto. Una vez dentro, cerró la puerta y metió la quinta semilla en el libro hueco y se tumbó en la cama. Tenían cinco semillas, pero ahora que estaba castigado, su paloma mensajera no había vuelto y no tenía manera de comunicarse con sus amigos, era imposible recuperar la última.

¿Qué iba a hacer?